

EL PELIGRO UNIVERSITARIO EN LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

Más exacto sería tal vez hablar del peligro escolástico, por cuanto el menoscabo que amenaza la cultura en nuestros días no radica tan sólo en la organización universitaria, sino que brota — hierba mala insinuada en la buena siembra — en todo el campo didáctico, acá y en el viejo mundo: acá, empero, en forma agravada por la falta de una tradición científica propia que nos permita orientarnos sobre una línea peculiar independiente de la estructura europea.

Una mansa onda de pedantismo se eleva de la escuela, se desparrama en todos los ámbitos de la labor espiritual, apaga toda chispa de originalidad, ahoga la inspiración en sus más bellas, más profundas manifestaciones. Nada está libre de su invasión: el arte, en sus expresiones más primorosas; la ciencia, en sus formulaciones más delicadas; la filosofía, en sus ideaciones más trascendentes. En una época mecanizada e industrializada, en que todo marcha a vapor o a electricidad, en que se vuela en tierra, por agua y en el aire, girando palancas y manivelas, es fácil, más, es inevitable, a no mediar las debidas precauciones, caer en la ilusión de que la creación artística o la construcción científica es obra manual, de que la técnica puede substituir la alta especulación, y la receta suplir la actividad vital de la inteligencia.

¿La raíz del mal? La escuela, tal como nos la ha transmitido la Edad Media. Y dentro del concepto general de esa escuela, la Universidad en manera muy especial, como trasunto, remedo y apéndice del Convento. Nada se ha transfundido en nuestra es-

cuela de la luminosa tradición helénica. Y si algo de ella sobrevive es, para mayor desgracia, lo alejandrino y bizantino; paralizándolo, así, con acción lenta pero incansable, las mejores facultades de la mentalidad occidental. De haberse producido en estos tiempos, en que la ciencia aplicada acostumbra nuestra raza a la actividad mecánica en todos los despliegues de la energía humana, un renacimiento de la escuela ateniense, ¿quién puede vislumbrar hasta qué alturas habría llegado la libre especulación, y hasta qué profundidades habría alcanzado el pensamiento perquisidor bajo el impulso del saber positivo? En cambio, industrializada la existencia, todo lo vemos y todo lo sentimos a máquina: se escribe a máquina, se compone a máquina, se piensa a máquina, se hace arte, ciencia, filosofía, religión, a máquina. Ahóndese el asunto, y se verá que es la herencia de Raimundo Lulio la que retoña: combinar ideas abstractas y generales mediante procedimientos mecánicos, « *ars generalis sive magna, quarumcumque artium et scientiarum assecutrix et clavigera* », he ahí — modestia aparte — la fórmula sencilla *assecutrix et clavigera* para abrir todos los arcanos de la ciencia divina y humana. ¿En filosofía? *Ars demonstrativa*. ¿En arte? *Ars inventiva*. ¿En historia? *Ars expositiva*, y el conjunto nos regala el *arbor scientiæ* como por obra de ensalmo sin necesidad de torturar mayormente la materia gris de la caja craneana.

Esto es Edad Media, se dirá, es *escolástica*. Conforme; pero, ¿no es también edad contemporánea? ¿Estamos bien seguros de habernos despojado de esos hábitos mentales o, por lo menos, de estar en vía de una franca y radical reacción? Nadie puede afirmarlo. Se han modificado las apariencias externas, mas el alma ha quedado tan medieval y escolástica como lo era siglos atrás. En la universidad moderna se respira el mismo aire que en las universidades del siglo XIII, y si el espíritu científico consigue abrirse en ellas camino, eso es debido al huracán que sopla de afuera hacia dentro, a la presión que se ejerce de la periferia al centro, y no viceversa como tendría que ser y como aparenta ser. Toda la enorme suma de saber y belleza que acumuló la humanidad desde el siglo XV a nuestros días, ha sido forjada en campo extraño a la esfera de acción de la universidad: en el drama, en la novela, en la tragedia, en historia, en

filosofía, en matemáticas, astronomía, física, mecánica, medicina, química, en una palabra, en todas las ramas de la actividad intelectual, las obras que han permanecido como monumentos imperecederos, los grandes descubrimientos, las altas concepciones que abrieron brecha firme en el enigma del universo, han sido obra de hombres en quienes la llama ardiente del genio no fuera apagada por el soplo helado de la escuela. Si uno se pregunta por qué no se producen ya grandes obras de arte; por qué no surge el gran poeta, el gran escritor, el gran pintor o escultor o compositor musical, la respuesta cae por sí sola: la escuela, la academia, el conservatorio. Si uno se pregunta qué se han hecho los grandes jurisperitos de la antigüedad, los grandes pensadores del siglo XVIII, los grandes historiadores del XIX, también aquí la respuesta es fatal: la escuela, la universidad. La escuela podrá formar sus castas para la explotación económica del derecho y de la medicina, así como el Convento preparaba la casta explotadora del sentimiento religioso, pero nunca podrá formar verdaderos hombres de ciencia, a lo menos mientras no modifique radicalmente los conceptos vetustos que la sustentan. Interrogad un estudioso que se distinga realmente en cualquier rama del saber: lo primero que os confiará será lo de ser un autodidacto, de haber tenido que reconstruir toda su cultura por su cuenta y con esfuerzo propio, prescindiendo de las adquisiciones universitarias. Y nótese: no se trata aquí de ampliaciones o complementación de conocimiento, dado el infinito horizonte de la ciencia. Trátase de los métodos de investigación, de los criterios científicos, de la forma de adquisición del mismo conocimiento, trátase, en una palabra, de lo fundamental en la ciencia que la escuela debía haber dado y no ha dado.

Inútil decir que, haciendo caso omiso de la organización medieval de la escuela, la raíz del mal está en el método erróneo de la enseñanza y en los problemas epistemológicos mal sentados.

El *método* se encierra en el arca santa de la *técnica*; la epistemología se aporrea en la jaula dorada del formalismo o, sin eufemismo, de la rutina.

He ahí, pues, la calamidad: *técnica* y *rutina*; *voilà l'ennemi*.

¿ Recuerda usted, lector amable, su aprendizaje escolástico de los estudios literarios ?

Los clásicos : una balumba de reglas, excepciones, casos, tiempos, prefijos, sufijos, verbos contractos, en -ω, en -μι, luego el laberinto sintáctico y la prosodia... ¡ oh la prosodia ! Sílabas breves o largas por *regla* o por *naturaleza*, y en la formación del hexámetro o pentámetro — ¡ atención a los pies fijos ! que los libres los pescaremos luego, cuidando de comenzar con dáctilo, pues el espondeo encaja mejor como segundo pie, y ojo a la cesura ; para no perder, después, la ruta en el bravío mar, fijar siempre la brújula al modelo y calcar, calcar, calcar :

Di maris et coeli (quid enim, nisi vota supersunt ?)

Solvere quassatae parcite membra ratis ;

Neve precor, etc., etc., etc.

¿ Qué habrían pensado del « porvenir de la humanidad » los contemporáneos de Ovidio y de Horacio, si un arúspice hubiere leído en el hígado de la víctima que días vendrían en que generaciones enteras de escolares atormentarían sus mejores años devanándose para conglutinar pies y cesuras en la ilusión de hacer poesía ? La teoría del « progreso » no había sido inventada aún, por dicha de la humanidad. Se inventó después, en plena decadencia. Se inventó cuando se inventó la *técnica*. Como, en efecto, creyó la Iglesia haber hecho dar un paso adelante a la humanidad cuando se figuró haber descubierto en Aristóteles la técnica del razonar, del mismo modo forjóse la ilusión de haber abierto de par en par una puerta sobre el porvenir cuando encontró en los gramáticos alejandrinos la técnica del escribir, que de sus conventos pasó a la universidad, infiltrándose de ahí en todos los poros de nuestra mentalidad.

Mientras la historia ha sido un género literario, no se le aplicó más técnica que la del escribir. Tucídides y Livio fueron para los historiadores lo que Píndaro y Horacio habían sido para los poetas, lo que Cicerón para los prosistas. Pero no bien, después de Guicciardini y Maquiavelo, entró la historia en el terreno del saber positivo, cuando ya Lorenzo Valla habíala iniciado en el secreto de la crítica filológica, como Vico la elevaría después al

grado de concepción sublime de la marcha de la humanidad; cuando la arqueología, la numismática, la filología, la papirología incorporaron a sus métodos de investigación unos elementos de análisis comparables a las matemáticas en las ciencias de la naturaleza, la técnica del escribir pasó a segundo orden, y hubo que inventar otra técnica que respondiera mejor al manejo de los nuevos materiales. He aquí, empero, que no obstante la inmensa metamorfosis que transformó de punta a cabo los estudios históricos, el mal hábito orgánico de la escuela no dejó de ejercer su maligno influjo. Y una vez más la *técnica*, la nueva *técnica*, ocupó el lugar preponderante en las preocupaciones estudiantiles, haciendo creer a los alumnos ingenuos que en la nueva *técnica* estaba el secreto de la historia. Es a saber: se dejó de creer que la poesía estaba en los dáctilos y los espondeos, para pasar a la fe en los endecasílabos bien medidos con los acentos debidamente distribuídos y marcados. Y una vez más se creyó haber adelantado.

Es este el peligro universitario que amenaza los estudios históricos en nuestros días. El hacer creer a la juventud que la historia es una *técnica* o un oficio, equivale a hacerle creer que el arquitecto está en el albañil y el escultor en el cantero; que el alma del Partenón está en la piedra labrada y la del Moisés en el cincel y el martillo; que Beethoven y Wagner están en la polifonía. Sin embargo, en forma más o menos disimulada, es lo que acontece en nuestros días. Trabajar el documento; analizarlo, clasificarlo, fijar su texto, traer al día su interpretación filológica, asignarlo a su categoría arqueológica, completarlo con los documentos concomitantes y con los datos numismáticos, he ahí en lo que cree, en general, nuestra juventud estudiosa que consiste la elaboración histórica, cuando no simplifica aún más, descendiendo en su buena fe, a la carpeta, a las fichas, al archivo. Y como quiera que esto, repito, concuerda con los hábitos de nuestra edad mecánica, acostumbrada a la producción por medios precisos y externos, el peligro se agranda cada vez más a medida que la ciencia aplicada va impresionando nuestros hábitos de pensar.

Eso de hacer consistir la labor histórica exclusiva o principalmente, lo que en la práctica se equivale, en el trabajo

del documento, en el análisis filológico, en extractar el material, en preparar fichas y ordenar carpetas, familiariza al joven con la idea de que el hacer historia es trabajo mecánico, que se realiza con exactitud matemática aplicando tal o cual regla según tal o cual sistema, como moviendo tal o cual palanca se fabrica un sombrero o se imprime una hoja de papel.

No habrá necesidad de señalar la gravedad del peligro, y lo indispensable que es el afrontarlo con ánimo decidido.

Que la técnica sea instrumento indispensable, nadie podrá ponerlo en duda. Como tampoco podrá ponerse en duda el hecho de que sin documento no hay historia, sin filología no hay documento, sin análisis comparado no hay filología, sin fichas no hay análisis, sin carpeta no hay fichas; y sin documento, sin filología, sin análisis, sin fichas y sin carpetas no hay composición, es decir, no hay historia escrita, y, por consiguiente, no hay historia leída, o no hay historia *tout court*. Es esta una cadena sin fin de la que, lejos de prescindir, el historiador serio se crea un medio para vincularse a la realidad positiva. La técnica es la base de toda labor seria, y una técnica deficiente puede inutilizar las mejores aptitudes para la investigación y construcción.

Pero la técnica no es todo, he ahí el punto. Y más aún: la técnica es la parte inferior, subordinada de la construcción histórica, necesaria todo lo que se quiera, pero nunca fundamental. Si al enseñar, pues, la técnica, infundimos en el joven directa o indirectamente la idea de que la técnica es la historia, contribuimos a empeorar esa deformación mental que hemos heredado de la Edad Media y cuya curación mucho va a costar a las generaciones venideras.

La historia, como la poesía, como toda producción artística o científica, es obra del espíritu, y, por lo tanto, es creación, descubrimiento, visión trascendente de la vida en su manifestación más elevada: el hombre y la sociedad. El historiador crea como el poeta y descubre como el sabio, por su facultad de penetrar en los misterios del pasado con una sensibilidad que le es propia, análoga a la sensibilidad del poeta para aferrar en la realidad significados que escapan al común de los hombres, o a la del sabio para dar con la clave de los enigmas que nos impo-

ne la naturaleza. Creer que el historiador ha de limitarse a compilar los resultados de sus carpetas, que cuando ha interpretado y transcrito el documento ha terminado su obra, es mutilar una de las más altas actividades del espíritu, es destruir en su raíz toda posibilidad de una comprensión del pasado que pueda servirnos, sino de escuela — el hombre es un animal refractario a toda experiencia — por lo menos de guía para comprender los fenómenos sociales que nos arrebatan en el vértigo de los tiempos, y de que somos parte sufriendo y trabajando. Nada inventa el historiador, nada pone en sus construcciones que sea extraño al documento : tampoco el poeta, en realidad, inventa, ni el sabio evoca de la materia una ley o una fuerza que no esté en ella fuera e independientemente de todo alcance de influencia humana. Mas aquí la creación, el descubrimiento — en historia, como en poesía y en ciencia — es suplir en el pasado muerto, como en la naturaleza y en la materia, poniendo en acción la potencia perceptiva de un espíritu de excepción, aquello que ha desaparecido o permanece oculto para la mirada vulgar forjando, « creando » con los principios comunes una cosa nueva, profundamente real y olímpicamente ideal. Ciertamente la historia no es subjetiva, como es subjetivo el arte. La historia es objetiva, pero con la objetividad determinada de las ciencias de la naturaleza viva y de las facultades del alma. La realidad histórica, quiero decir, no puede ser presentada en forma anatómica, rígida, muerta. La historia, como la filología, como la psicología, trasciende el hecho que entra en su órbita de acción, para compenetrar la vida que lo produce, lo mueve, lo utiliza, y lo hace morir para renovarse.

Esto es lo que la juventud estudiosa debiera tener presente al aplicarse a la investigación histórica, y esto es lo que la escuela tendría que inculcar mientras enseña la técnica del trabajo.

De ahí, naturalmente, la vocación. El ser historiador es cuestión de vocación. Podrá objetarse que es cuestión de vocación el ser cualquier otra cosa : naturalista, físico, químico, filólogo, etc. Nada más exacto. Pero la vocación del historiador es de otra especie; es de una especie análoga a la del poeta y del filósofo, porque el objeto de su contemplación no es la naturaleza

en sí misma ni en la combinación de sus elementos o sus fuerzas, sino el *hombre*, el hombre en acción, algo así cual un demiurgo noble como un Dios, cruel como un demonio, creador y destructor, Ormuz y Ahrimanes, divinidad benéfica y ángel exterminador. Por eso en historia, como en poesía y en arte, las grandes huellas han sido marcadas por personalidades de excepción. En historia no ha habido y — convenzámonos bien de ello — no habrá jamás descubrimientos independientes, en su origen y en su ulterior evolución, de una personalidad, de un individuo genial. También en esto diferénciase la historia de las ciencias físico-naturales, y remarca su analogía con el arte y la filosofía.

Pero si para ser historiador es menester la vocación, para la simple comprensión y asimilación de los resultados históricos basta el talento ordinario y la buena cultura. Si para crear poesía es menester vocación, para gustarla y educar la inteligencia en sus bellezas soberanas, no se necesita más que formarse una capacidad adecuada para su intelección: siendo el primer elemento de esta capacidad la noción de que la poesía no está en los pies ni en las cesuras, en las sílabas ni en los acentos.

En la historia una capacidad análoga se forma partiendo del principio esencialmente anti-escolástico que se señala más arriba, es decir: la historia está fuera y por encima de la técnica, y sólo es posible *descubrirla*, cuando no *crearla*, mediante la acción de las actividades superiores del espíritu.

Una vez que el joven esté convencido íntimamente de esta verdad, menos trabajo ha de costar infundirle la idea de que el estudio histórico es un trabajo largo, penoso, paciente, en el que el elemento « tiempo » entra en forma primordial. El chispazo de la comprensión brota tan sólo después de larga investigación, de meditación constante, de ardua reflexión sobre los datos del problema, de examen prolijo y minucioso de las circunstancias concurrentes, de los epifenómenos que se combinan e injertan en el fenómeno principal, de los multiformes factores que entran en la producción del más insignificante hecho social, en una palabra, de todos los datos que la técnica pone al alcance del investigador. De aquí se ve que la comprensión his-

tórica aviénesse con la comprensión filosófica, mejor que con la simplemente estética y emocional de la literatura. El que quiera formarse un concepto adecuado de un fenómeno histórico, y compenetrar debidamente las obras maestras que lo tratan, debe imponerse una tarea análoga a la que se requiere para descubrir en toda su pujanza la naturaleza íntima de los grandes sistemas filosóficos. Con esto en más: que el tratamiento técnico del documento debe ser hecho personalmente con prescindencia del tratamiento ajeno, para que la intelección tenga los bellos caracteres de la originalidad, y para llevar el juicio crítico a la obra de los grandes historiadores, siempre imperfecta, siempre insuficiente por el descubrimiento incesante de nuevos datos y documentos, y siempre coloreada por la psicología peculiar del escritor.

Como se ve, no es en un dos por cuatro ni en un quita allá esas pajas que se comprende la historia; como no es con análisis, ni fichas, ni carpetas que se hace. Es con la labor continuada e incansable como se consigue. Para una comprensión adecuada de los orígenes del cristianismo, requiérense no menos de veinte años de estudio. Para una lectura científica del *Nuevo Testamento* — el tomito de bolsillo que todos conocemos, — un buen filólogo necesita no menos de cinco años, dedicándole unas ocho horas diarias.

Hablad de esto a un joven de la *técnica* y lo haréis sonreír. Y podemos apostar a que si se le requiere un trabajo sobre los orígenes del cristianismo, con su técnica y un buen juego de fichas hábilmente manejado, en tres meses nos tendrá sus 400 páginas impresas y encuadernadas. Y esto es lo que produce el desastre del libro moderno. Mediocridad, vulgaridad, repetición, falta de seriedad, histrionismo. Preguntad a un autor cuántos años ha meditado su tema: y descubriréis, en su confusión, que en nueve casos sobre diez (las excepciones las hay: tanto más honrosas cuanto más raras), se trata de un hombre culto, muy culto, pero que por su misma cultura excepcional se ha creído en derecho de improvisar. Derecho que, en el estado actual de la ciencia, nadie tiene ya, en historia ni en nada. Ved sino la intensa, agónica tensión de espíritu que requiere la creación literaria. Los grandes escritores, los poetas cuyas obras perma-

necen desafiando el olvido, revélanos a menudo en sus memorias, en su correspondencia el secreto de su creación. Y siempre en el fondo hay una llama ardiente que quema y consume las moléculas más delicadas de un espíritu soberano, con sufrimiento, congoja, tensión, espasmo. Una página de Flaubert o de Zola, una poesía de Leopardi o Carducci, un capítulo de Macaulay, Carlyle o Ruskin, una exposición de Mommsen, parecen productos naturales del genio, brotados sin esfuerzo de la punta de la pluma. Consultad, en cambio, lo que se ha escrito acerca del «modo» de componer de estos grandes escritores. Observad los facsímiles de sus borradores, de sus pruebas de imprenta, del ejemplar sobre el que prepararon las ediciones sucesivas, y os asombrará la increíble masa de labor y de tiempo dedicada a la preparación de un período, de un verso, de una afirmación social o histórica, que parecen arrojadas al papel en un momento de distracción. Hay palabras tachadas y cambiadas cuatro, cinco o más veces; períodos o estrofas hechas y rehechas en toda forma; sentencias modificadas, atenuadas, enriquecidas con un nuevo dato, un nombre, una fecha, una observación, un monosílabo expletivo, como si el autor no hubiese escrito una palabra sin arrepentirse en seguida de ella.

Todo esto, naturalmente, lo sabrá, a fuer de muy culto, a la perfección, nuestro improvisador de las 400 páginas en tres meses. Pero la escuela y la universidad lo han obligado a improvisar sobre todo, le han enseñado la técnica de la composición en prosa y en verso, le han enseñado a escribir monografías sobre este o aquel tema, le han inculcado la idea de que la construcción histórica puede ser cosa de programa, despachable en tres o cinco años a razón de un par de horas por semana, y *le voilà le chameau*.

De ahí el estupendo aplomo de nuestra producción, especialmente histórica, y de ahí el ningún prestigio que se le concede, no digamos afuera, sino acá mismo entre nosotros. Se sabe que ella no es fruto de larga, paciente, esforzada, abnegada preparación; que se ha producido como trabajo incidental, secundario, como un *sport* universitario de un escritor cuya preocupación constante de toda la vida no ha sido la materia que trata ocasionalmente, y ¿qué extraño que el público reciba con mar-

cada indiferencia, con vaya mal disimulada esas obras inmaduras ?

— El doctor Fulánez ha escrito un libro sobre tal o cual tema.

— ¿ Y desde cuándo el doctor Fulánez se ha dedicado a eso ?

Por fortuna, nosotros también, no obstante nuestra incipiente tradición científica, tenemos, como las tiene Europa, obras de primer orden que viven y continuarán viviendo porque sus autores se han formado lejos de la deletérea influencia de la escuela. Por ejemplo: las obras de Sarmiento, Mitre y Ameghino.

Un soplo renovador, es verdad, parece haberse metido en las vetustas aulas de la escuela argentina y, o bien manso y apacible como céfiro de primavera, o con ronquidos bravíos de tormenta autumnal, sacude los polvos augustos y mete frescura y oxígeno bajo las bóvedas pesadas, olientes a incienso, a humedad, a moho venerando.

Pero ¿ han volado, en realidad, los viejos moldes didácticos ? ¿ Se han modificado los conceptos medievales de la creación artística y científica ? ¿ Nos hemos desprendido del Convento para remontarnos al Pórtico o a la Academia ? He ahí el punto. Y luego : ¿ estudia más o estudia menos la juventud ? ¿ Siente con el hastío de la rutina, de la técnica, la necesidad de elevarse a la inspiración, a la creación, a la investigación reposada y sin apresuramientos ? ¿ Vase convenciendo, sobre todo, de que no es lícito improvisar, de que no se puede escribir sobre un tema sin haberlo ahondado y revuelto *nocturna atque diurna manu* por años y años ?

Si no hay tal, no hay « soplo » ni ventarrón que valga. La maleza retoñará en el jardín con más fuerza que antes, por la savia renovada y la tierra removida. Tratemos, pues, cada cual en su esfera, de ir eliminando de la joven mentalidad el sistema medieval, escolástico de estudio, para volver a la gloriosa tradición griega. El ejemplo de Alemania e Inglaterra aquí no cuadra. Alemania e Inglaterra no tienen más tradición cultural que la de la Edad media, y han entrado a la civilización por obra de la iglesia, por esfuerzo peculiar, heroico del convento. Con nosotros el caso es diferente, pues, directamente vinculados

a la civilización latina, nos sentimos más contemporáneos de los hombres de los cinco siglos antes de Cristo, que con el caos europeo de los siglos VIII al XII de la era : para alemanes e ingleses sucede lo contrario.

Menos escuela, pues, menos técnica, menos regla, menos programa, menos receta para pensar, escribir y enseñar cualquier cosa en determinado número de años. No insistamos tampoco en la pobre excusa de que en la escuela se enseña el método que es aplicado, luego, en el trabajo posterior. Porque en eso precisamente consiste la falla, en que la escuela enseña a estudiar por fórmulas, por recursos subalternos, produciendo en el joven la impresión de que en esas fórmulas y en esos recursos está la ciencia, a la que puede llegarse sin el esfuerzo personal e independiente.

Claro está que en ninguna labor constructiva, artística o científica, puede prescindirse de la técnica, y en historia menos que en cualquier otra rama del saber. Y así como el escritor y el poeta deben ser diestros en el aprovechamiento del artificio retórico y de la métrica, el que aspire a una comprensión científica de la historia — nada digamos del que aspire a escribirla — ha de tener la mano lista y el ojo avizor para poner a contribución todos los recursos que la experiencia del oficio ha ido acumulando, especialmente en estas últimas décadas tan fecundas. Pero en todo ha de poner espíritu, en todo ha de poner personalidad. Y esto es precisamente aquello que la escuela ha de inculcar con más ahinco, si en verdad quiere desprenderse de la Edad Media.

Lo cual, en resumidas cuentas, lejos de restar importancia a la preparación técnica, elévala al concepto superior de elemento fundamental en las más altas creaciones del espíritu. De elemento muerto y formulista, de incubadora inagotable de pedantes y de histriones, transfórmase la técnica en fuerza viva de la investigación, en guía brillante que conduce con paso firme y mirada segura en la selva salvaje del pasado misterioso. Tómese, por ejemplo, el análisis filológico de un documento : análisis idiomático o análisis comparativo. Si tenemos el don de penetrar mas allá de la cáscara externa, de la forma escueta, y conseguimos llegar hasta el alma viva y palpitante del texto, senti-

mos toda la honda emoción del descubrimiento al desentrañar un nuevo significado, una nueva expresión, un pensamiento o una sfumadura de pensamiento que amplía, corrige o modifica una noción o un dato. Hay observaciones consignadas en las grandes obras de historia, a veces en una simple nota al pie de página, que son el fruto de meses y años de ardua labor. De ahí, para las grandes obras, la necesidad de cooperadores o asistentes; pero el creador, el que extrae el alma de los materiales preparados por los ayudantes, es siempre el historiador, el individuo dotado de esa facultad penetrativa que le permite descubrir aquello que para otros permanece y permanecerá siempre oculto porque el remedio resultaría peor que el mal, si el joven llegare a creer que la « creación », el « descubrimiento » en historia, es obra de intuición, de ideación filosófica, o de composición literaria. El descubrimiento histórico no puede realizarse sino en los datos depurados y preparados por la técnica; ninguno de sus elementos puede, pues, alejarse de lo real y positivo que hay que buscar y verificar por todos los medios posibles. Y su realización no está precisamente en la forma literaria. A veces en un árido análisis filológico, en la crítica de un papiro, en el fichero de un *Corpus* hay más inteligencia viva, más espíritu, más vocación que en una brillante y muy bien escrita página expositiva. Y esa intensa labor es causa de honda satisfacción para el que la realiza con verdadera alma histórica. De mí sé decir que pocos trabajos me han costado más afanes y me han proporcionado más viva complacencia intelectual, que algunos capítulos de mi *Documentación de los orígenes del cristianismo*, especialmente los que se refieren al *texto* y al *idioma*. Y, sin embargo, para la mirada superficial del profano, no hay allí nada más que paciencia y filología. He ahí, pues, la necesidad de tener una idea correcta y apropiada del valor real de la técnica histórica y de su uso.

La misión de la escuela queda así definida. Suscitar vocaciones, descubrirlas, fomentarlas; enseñar a la juventud el camino que conduce a la creación o a la comprensión adecuada, poniendo una técnica perfecta al servicio de una voluntad de trabajo indomable y de un espíritu educado para la solución de problemas inaccesibles a la mentalidad común o fuera de vocación.

Luego el tiempo : el tiempo y la paciencia. Enseñar a los jóvenes que allí está el secreto del éxito. Enseñarles que la simple comprensión de un fenómeno histórico cualquiera — la época de los pisistrátidas, el consulado patricio y el plebeyo, el feudalismo, la reforma ; o bien el estoicismo, el sincretismo religioso precristiano, la lucha de las investiduras, etc., — requiere largos estudios y meditaciones, en los que si es primordial el aprovechamiento técnico de los documentos, en cambio es el trabajo de la inteligencia el que conduce a la meta. Que no se puede, por lo tanto, improvisar sobre ningún tópico histórico a base de lecturas, de fichas o de carpetas. Que esto es lo que hacen los compiladores, produciendo esas obras mediocres sin médula ni cerebro, que están a los verdaderos trabajos históricos como los adefesios escolásticos hechos para ejercicio de métrica a la verdadera poesía. ¿Qué disminuirá el número de los que se dedican a trabajos históricos ? Tanto mejor, si de ahí se ha de producir una selección favorable a los que tengan vocación y aptitudes para el trabajo, alejando aquellos otros que no se encuentran en estas condiciones, capacitándolos, así, para dedicar sus actitudes a labores que mejor respondan a su peculiar temperamento mental. Guerra a la pedantería, guerra a la rutina : he ahí lo que debiera ser la palabra de orden de la nueva escuela. La edad media, con su convento, su universidad, sus doctores, sus cátedras, sus reglas, sus programas, sus exámenes, sus tesis, sus diplomas, continúa asfixiando el espíritu humano, hoy como ayer. Y sólo por causas especiales los estudios históricos parecían haber quedado fuera del alcance de su hálito emponzoñado. Con ellos no era posible fundar castas económicas — como con la medicina y el derecho — porque el saber histórico no es susceptible de producir honorarios. Y así mientras nadie podría ejercer la medicina o la abogacía sin ponerse en condiciones con la casta respectiva — así se hubiere tratado del más grande médico de París o Berlín, o del más grande jurisconsulto de Madrid, — en cambio, en historia, todo el mundo ha podido siempre desbarrar a sus anchas, sin que nadie le pidiera cuenta por ello. Un gran mal hubo en eso para la ciencia, pero un bien mucho mayor para la libre especulación que ha de devolvernos a la libre escuela de la antigüedad clásica.

sica. La universidad, empero, parece haber caído en la cuenta de la parte mala del asunto, y parece estar decidida a remediarla. La intención es buena — ¿quién lo duda? — pero los medios deben responder a la intención.

Para ello es menester ponernos sobre un nuevo camino; mejor dicho, es menester que volvamos al camino por el que la antigüedad precristiana llegó a la más alta cumbre del saber, y creó esos sistemas de construcción científica que serán modelos eternos para la humanidad y que, integrados con los métodos modernos, tan prodigiosamente perfeccionados, han de conducir a esa concepción apolínea de la verdad y del bien en la que pueda hallar equilibrio esta sociedad tan inquieta y tan desdichada.

CLEMENTE RICCI.